

CEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA
PAGO ADELANTADO.—Madrid: Trimestre, 1 peseta; Año, 4. Provincias: Trimestre, 1,25 pesetas; Año, 4,50
Extranjero: Trimestre, 2 francos; Año, 7,50.—Dirección: LOPE DE VEGA, 39 y 41. Administración: SERRANO, 56

NÚMERO SUELTO, 10 céntimos

AÑO XIII

MADRID 10 DE FEBRERO DE 1907

NÚM. 585



LA MASCARADA DE ESTE AÑO

¡QUE GRUPO TAN PRIMOROSO,
LIBERAL Y PLACENTERO...!

¡EL DOMADOR ES MONTERO
Y EL JEFE ES EL QUE HACE EL OSO!



ANUNCIOS COBRABLES E INCOBRABLES

SOLICITENSE TARIFAS EN LA ADMINISTRACION SERRANO 55 MADRID.



PEDIR
EN TODO EL
MUNDO

CARABANA

CONSUMO
UNIVERSAL

¡¡EL QUE NO ANUNCIA, NO VENDE!!

Pedid gratis las últimas y ventajosas tarifas combinadas en

"LOS MONTEROLESES"

EMPRESA LIBERAL ANUNCIADORA

Rápidas propagandas moretistas.

Grandes descuentos canalejistas y de otros grupos.

Oficinas: CONDE DE ROMANONES,
siempre inevitable en todas las combinaciones.

¡QUINTOS LIBERALES DE 1907!

¡REDENCION IMPOSIBLE!

Los que deseen librar á los mozos liberales del servicio Lópezdominguista y Vega-irmijista, DURANTE LOS ULTIMOS MESES DE SU QUINTA, no tienen más que constituir un DEPÓSITO VOLUNTARIO y á nombre de D. SEGIS, en casa de Montero.

Por 750 yernos

y con el resguardo, inscribirlos á ACTA FIJA en la ASOCIACIÓN MUTUA MONTERO-MORET, y al que lo suscriba

Se le entregarán 1.500 votos

ó los que necesite para salir diputado por su pueblo ó por el que le convenga á la Asociación Mutua, en combinación con la Lotería Nacional.

Se devuelven los depósitos

y todos los programas anteriores del partido liberal.

Se redimirá gratis

á todos los que abandonen á Canalejas y se declaren enemigos de la ley de Asociaciones.

No se retirarán los depósitos

hasta el momento de verificar las inscripciones en la flamante Asociación, que tiene por único é indiscutible director á D. Segis, con el que desde hoy podrán entenderse todos los quintos del último reemplazo liberal.

**CHOCOLATES
Y DULCES**

MATIAS LOPEZ

**MADRID
ESCORIAL**

Sus BOMBONES no tienen competencia, lo mismo que sus CAFÉS, de aroma el más exquisito. Serán los ÚNICOS que queden en el mercado cuando el público se desengañe de que son los más selectos.



SE VENDE ó se alquila precioso Oratorio muy recomendable para capitales de provincia y cabezas de partido de alguna importancia. Es, además, un excelente remedio contra el insomnio. No hay quien resista una audición sin sentir inmediatamente los efectos de un reparador sueño. Infalible contra la voz humana y especialmente contra los bajos. ¡Cantad este Oratorio y enmudeceréis rápidamente! Dirigirse al abate PEROSI, de mal paso en Madrid.

COMERCIANTE E INDUSTRIALES

Para anuncios en GEDÉON, dirijanse á la Agencia Cortés, Jacometrezo, 50, 1.º, Teléfono 1.330.

JARABE DE HEROINA

(INDEPENDIENTIZADO)

DEL

DR. WEYLERIAGA

Aceptado con predilección, después de consultarlo con la almohada, por don Valeriano, como eficaz remedio contra los CATAROS recientes de Montero, AHOGOS de jefaturas moretistas, FATIGA del tercer entorchado y EXPECTORACION de todas las humillaciones pasadas.

El jarabe de Heroína, del Dr. Weyleriaga, no reconoce competencia posible y se vende únicamente en casa del autor, por su cuenta y riesgo.

NOTA. Esta farmacia no está asociada á ninguna otra liberal.

Plaza de la Independencia número 1

Abierta toda la noche. Servicio de entorchado permanente. Llamad á Polavieja.



¡BLANCO Y NEGRO...!

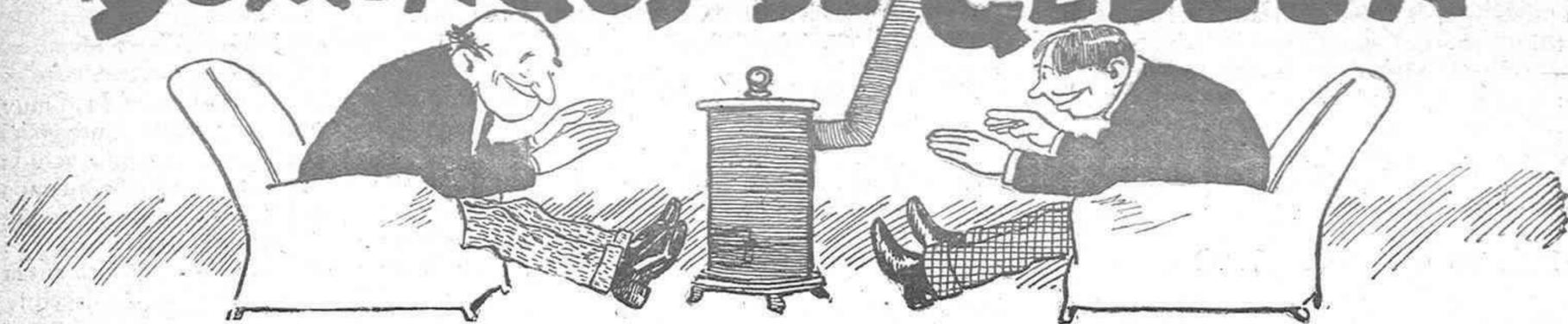
La Revista ilustrada BLANCO Y NEGRO ha sido notablemente mejorada en el año de 1907.

En todos sus números publica nuevas é interesantísimas secciones y magníficos cuadros en color separados del texto, originales de los más notables pintores.

Compre usted un número y se convencerá de que es BLANCO Y NEGRO el mejor y el más artístico de los semanarios españoles. Se vende los sábados y domingos á

30 CÉNTS.
EN TODA
ESPAÑA

DOMINGOS DE GEDEÓN



CUÁNTA nieve ha caído sobre nosotros, Gedeón, desde que no nos hemos visto.

—Habrá caído sobre ti, Calínez; sobre mi ni un copo. Yo conozco mis clásicos, y en cuanto en Madrid ocurre algo extraordinario, por poco extraordinario que sea, me quedo en casa y atranco la puerta.

—Haces bien; así no te expones a romperte un miembro, tal vez el más necesario para la vida. ¡Ojalá hubiese yo seguido tan sabia conducta, y no tendría ahora cruelísimos dolores en éste!

—¡Cómo! ¿Tú, desafiando, ¡oh, amigo Calínez!, la previsión del alcalde, te lanzaste al arroyo en plena nevada?

—¡Qué arroyo ni qué niño muerto! ¡aquello parecía la pista del Circo! Aventurabas el pie, y batacazo seguro. ¡La gran batuda de Dato!

—¿Pero puedes moverlo al menos?

—Lo nuevo, aunque con esfuerzo. Aquí en el codo, tengo un verdugón como un duro.

—¡Ah, Calínez! ¡Calínez! Siempre tan irreflexiva la juventud. ¿Quién te mandaba salir de tu casa aquellos días? ¿No viste que no salían ni siquiera los caballos de punto, y no te dijeron que los mismos ministros, La Cierva entre otros, se encerraban en sus departamentos oficiales y comían, fumaban y hacían todo lo demás, sin salir de ellos? ¿Qué confianza tendrían en las disposiciones concejiles para la limpieza y transitabilidad de la villa! Pero claro, tú no eres ni caballo ni La Cierva; apenas has cumplido la avanzada edad en que los ex ministros son todavía jóvenes, la sangre te retoza y no puedes parar en tu domicilio aunque se desarrolle un fenómeno fuera. Lo malo es que con tan torpe conducta dais á Madrid una nota de atraso muy desagradable. ¿Qué puede esperarse de un pueblo en el cual los ciudadanos salen de su casa cuando nieva? Dato, que es bastante cosmopolita y pasa sus temporadas en París y Londres, debe de estar, á mi juicio, espantado de tener que regir á gente tan poco europea.

—Todo lo que gustes, Gedeón; merezco cuantos sermones me echas y muchos más. También conceptúo muy merecida la cólera que hacia mí sentirá nuestro ilustre alcalde primero (con ascensor, agua, calefacción, luz eléctrica y campanilla parlamentaria); pero á pesar del fenómeno, yo no podía estar quieto sin ver lo que daba de sí otro fenómeno.

—¿Otro fenómeno, Calínez?

—Sí, Gedeón, otro fenómeno, y más grande que el meteorológico

—Acaba pronto, explícate. ¿Un nuevo drama de Carulla?

—Más aún.

—¿Una acuarela de Maura?

—Peor todavía

—¡Imposible!

—Te digo que sí

—¿Pero qué fenómeno es ese?

—La unión de los liberales.

—¡Me aplastaste!

—Ya lo sabía yo. Pues como te iba diciendo, cualquiera me tenía á mí en casa mientras Montero Ríos y Moret andaban en pactos.

—Lo comprendo perfectamente; eso es capaz de hacer salir de sus casillas á cualquiera.

—¿Que corría el riesgo de romperme un brazo?, ¡y qué! Para todo hay arreglo en este mundo. Más roto que el partido liberal no había de quedar mi brazo, y ya lo ves, lo han encolado.

—¿Pero nos lo han encolado ya?

—Casi, casi; no falta sino que se seque el programa.

—¿Qué programa?

—Cualquiera; goma arábiga, engrudo ó salivilla de sastre, lo mismo da. El caso es que pegue hasta después de las elecciones.

—¿Y á quién se le ha ocurrido ese encolamiento ó esa encoladura?

—Dicen que á Montero Ríos; pero yo creo que al mismo tiempo se le ocurrió también á Moret. ¡Una idea tan grande no puede ser parto de un solo cerebro!

—Sí, la idea, efectivamente, no puede ser más genial. Tan genial, que acaso se le haya ocurrido á Loreto Prado mirando á Chicote. Pero vamos á cuentas, Calínez. Los que se unen son Montero Ríos y Moret, ¿no es eso?

—Justo, porque ni López Domínguez, ni Canalejas, ni acaso Vega de Armijo, quieren nada con ellos; y respecto á Romanones, ya se sabe en Belchite, entra con todos.

—Perfectamente. Pues entonces no me parece la operación tan difícil, porque sólo se trata de unir á los que ya estaban unidos, y á pesar de ello no pudieron gobernar.

—¿Cómo! ¿Qué dices, Gedeón?

—Yo no digo nada, ellos son los que lo han dicho siempre. Moret asegura que prestó todo su apoyo á Montero Ríos con la más absoluta fidelidad y la más completa disciplina, mientras aquél presidió el Gobierno. D. Eugenio afirma que no ha existido soldado más sumiso y obediente que él lo fué de D. Segis durante el tiempo que éste usufructuaba la jefatura del partido; de modo que, ó nos engañan los dos, ó la unión

que ahora encolan ya estaba encolada hace tiempo. ¡Y á pesar de ello, vaya un mueble!

—Me dejas asombrado, Gedeón; tus palabras parecen llenas de lógica, y sin embargo, cuando dos hombres con tantos años y tanta experiencia en encoladuras se reúnen para hacer una más, señal de que la consideran necesaria.

—Ellos tal vez, porque en algo han de pasar el rato, y no ha de ser todo toses y solitarios en el mundo; pero á la opinión liberal del país, á esa no se la encuelan. ¡Bastante le importa á nadie que el anciano del Tratado de París, que huye de los Gobiernos apenas asoma un motín para que el otro anciano recoja el mando y meta á la democracia en la ley de Jurisdicciones, ande ó no ande á vueltas con la cola! Tendrá que ver la que emplee en estos casos. Créeme, Calínez, los años no pasan en balde para los pueblos, aunque sí, según parece, para las momias. España sabe ya mucho más que Montero Ríos y que Moret, los cuales han dado en la flor de momificarse, y se ríe á mandíbula batiente de estas habilidades, de estos pactos y de estas uniones celebradas en pleno Museo Prehistórico. Es más entretenido el oratorio de Perosi.

—¡Ya decía yo que me faltaba otro fenómeno!

—¿Cómo que te faltaba otro fenómeno?

—Sí, Gedeón; porque en la última semana había yo contado tres: la caída de la nieve...

—Querrás decir las caídas de los nevados.

—Bueno; la nevada, la unión de los caparzones de los antepasados liberales, y el pobre Moisés, de Perosi. ¡Cosa más rara, tres fenómenos sin una sola idea de policía urbana, de política democrática y de originalidad musical! Hombre, el abate director de la Capilla Sixtina podía fusilar el himno de la nueva unión liberalesca. ¡Montero Ríos y Moret, con música de Perosi! ¡Vaya un oratorio para entusiasmar á los frailes y morir de risa los demás ciudadanos! Nada, que se lo haga!

—Esconde primero á Wagner. Pues tú dirás lo que quieras, pero nuestros compositores se han quedado apabulladísimos

—Naturalmente, á todo hay quien gane. El abate les ha abatido con nieve. Desde hoy las tomarán hechas. En fin, vámonos á ver las máscaras, suponiendo que las haya.

—Una hay, por lo menos; Maura disfrazado de dictador. El nombra, por sí y ante sí, los gobernadores. El confecciona á su gusto el encasillado. El suprime don-

de se le antoja, sin dar cuenta previa á los ministros, la ley del Jurado. El se ha metido á todo el mundo en el chaleco.

—¡Malo! ¡Malo! ¡Malo! Se lo tendrá que regalar á Weyler.



DEL ROMANCERO GEDEONICO

¡AL BAUTIZO!

«Yo, el menor padre de todos los que hicieron este niño, la paternidad acepto y á dirigirle me brindo. Sé que tan endeble nace, tan enteco y tan canijo, que va á ser cosa difícil que no muera en el camino; pero yo pienso cuidarle con tal agrado y tal mimo, que á falta de otro alimento le hartaré de mi cariño... Cuando enterramos al otro me puse tan afligido que á poco también me entierran, pues casi muero del hipo; no sé si al verme tan solo, no sé si al verme aburrido, ni si al sentirme sin fuerzas para engendrar otros críos... Mas ya pasó el novenario y hallar consuelo es preciso de otra nueva criatura con los graciosos alivios. Por eso hoy quiero ser padre y que lo soy me imagino cuando Montero me jura que este nuevo infante es mío... Con su palabra me basta para borrar los prejuicios, para disipar las sombras y acabar con los remilgos. ¡No la conciencia me acusa de poquedad de servicios, aunque sospecho son pocos los que puse en ejercicio...! Y si los otros se empeñan en que soy padre efectivo, ¿por qué dejar sin efecto sin otra causa ese títu'o? Tan sólo me desazona y en voz muy baja lo digo, si será, cual yo, la madre por lo ajeno y lo postizo... Que no es la noble matrona de cuyo amor presumimos, eso lo juro y perjuro, lo declaro y lo atestiguo; que á mí, lo mismo que á todos nos dió un soberano mico, y hace tiempo que con ella ni amor ni trato tuvimos... Pero ¿y á mí qué me importa la maternidad del chico...? ¿Que del cómo, ni del dónde para entusiasmar me vino...? Vaya, preparad las ropas y despabilad los cirios, que ya espera el señor cura y se duerme el monaguillo... Decid que templen el agua para que el chorro benigno caliente en vez de enfriarnos su cuello y su colodrillo. Que haya sal en abundancia para echársela en su sitio; y á ver si de esta manera no está muy desaborido... Que vengan los convidados que va á empezar el bautizo y quiero que haya derroche

de risas, frases y ruidos. Y avisad al noble Maura que se brinda de padrino y acta y actas tomaremos de este su rasgo político...»

.....
De tal manera exclamaba don Segis á voz en grito, ya padre, tutor y jefe de su liberal partido... Y una voz clara y serena con tono risueño dijo: «¡No llegarán á ese feto ni las agüas del bautismo!»



MOISECITO

Vaya usted á saber quién tendrá la culpa del temporal de fríos y nieves que hemos sufrido en estos días!



Quiénes lo achacan á la subida de Maura, que siempre se ha significado por una elocuente protesta de los elementos; quiénes lo atribuyen á la presencia del abate Perosi en Madrid y al estreno de su oratorio, que como el que hace cuatro ó cinco años padecemos, y que se titula *La resurrección de Lázaro*, también se las trae, como dice la gente cañi.

Ello es que cuando maldito si ya hacíamos memoria del director de la Capilla Sixtina, el insigne Arana en sus aciertos constantes—examínese la temporada que llevábamos—nos anuncia la resurrección del abate Perosi, con *Moisés*, y nos lo presenta en clase de *divo* del abono.

Y efectivamente, aparecer en los carteles el oratorio, y caer sobre Madrid una copiosísima nevada, todo fué uno.

El público, no muy numeroso—tal es-



taba la noche,—dió más importancia á la nevada, que á *Moisés*.

¡Pobre *Moisés*!

Podemos decir parodiando el popular romance:

Mala la hubiste, abate,
en esa del oratorio.

Porque, efectivamente, mala, muy mala la hubo Perosi con su flamante *Moisés*, más anunciado que la propia venida del Mesías, otro oratorio que brindamos al director de la Capilla Sixtina, aunque ya se le anticipó Haudel; pero ese no es un inconveniente para Perosi, que antes al contrario, es muy gustoso de escribir su música con andadores.

En este punto Perosi es admirable. Compone oratorios por el viejísimo y práctico procedimiento que el individuo del cuento usaba para vender escobas á precios sin competencia.

Toma los oratorios hechos y le salen mucho mejor.

¡Valiente tontería!

¿Para qué molestarse?

¡Buena gana, habiendo escrito Wagner *Parsifal* y *Tristán é Isolda*!

A bien poca cosa se reduce este *Moisecito*, como le llamaría el guardia de *Pepa la Frescachona*.

Lo que hay en el oratorio de Perosi de estimable, es de la cosecha wagneriana; lo personal es ramploncillo, incoloro y, ¡ay!, superior á nuestras fuerzas. Porque eso sí, el oratorio, tomado á peso, ¡no hay quien lo levante!

¿Y para esto decía el innovador empresario del Real, moviendo la cabeza con vaivenes de tartana, aire muy característico en él, «hemos trabajado tantos días?»



Porque el oratorio no habra gustado, pero ¡caramba! vaya si dió que hacer.

El oratorio de Perosi se estrellaba en todos los bajos, ni más ni menos que una embarcación.

Ninguna de las existencias que en esta *tessitura* tiene Arana en su teatro satisfacían el abate, que en materia de bajos es más escrupuloso que una señorita; ni Sobellico, el más grande de los bajos—por la estatura, no por la voz ni por el talento,—ni el cavernoso Rossato, ni, ya en otra escala más modesta, Verdaguer, Vidal, Foruria y Fúster, fueron del gusto de Perosi, que uno á uno los iba calando y tomando á peso como los melones, diciendo:

—*Questo non me val. Quest'altro non me piace.*

Por fin fué necesario buscar por todas las calles, plazas y plazuelas que tiene Madrid un bajo á la medida del maestro Perosi. Y el agraciado fué Mardones, un cantante de zarzuela grande, que, por lo visto, hace también á oratorios con la

misma facilidad que se canta *El salto del oasiago*, cosa que ignorábamos.

Ya puede el afortunado Mardones hacerse unas tarjetas que digan:

Proveedor de Perosi.

Y conste, como diría el guardia de *Pepa la Frescachona*, que el *Moisés*, de Perosi es, á lo sumo, un *Moisecito*.

Y va bien servido el abate.



LA NEVADA DE DATO

Decididamente no se pueden tener alcaldes de campanillas.

Apenas el Sr. Dato, que además de la suya tiene la del Congreso, se sacrificó por nosotros aceptando la Alcaldía de Madrid, los madrileños ya no pudimos salir de casa.

Una nevada, más pertinaz que copiosa, nos bloqueó en nuestros respectivos hogares, haciéndonos disfrutar de todos los encantos de la vida de familia, so pena de que nos rompiésemos algún remo en cuanto pisáramos la resbaladiza nieve de la calle.

Nunca estuvo más en su punto la con-sabida frasecilla del «blanco sudario»; lo uno, porque Madrid sin transeuntes, sin carruajes y casi sin tranvías, semejava un cementerio, y lo otro, porque los pocos héroes que se lanzaban á la calle eran

conducidos inmediatamente á la Casa de Socorro y poco después al Este.

¿Cómo se las arreglarán—pensábamos detrás de los cristales los madrileños tímidos,—cómo se las arreglarán los habitantes de París, de Londres, de Berlín, ciudades en las que nieva mucho más y más días seguidos que en Madrid, para continuar la vida como si tal cosa, sin entorpecimientos de circulación, ausencia de carruajes ni suspensiones de tráfico?

¡Ah!, pero en esas capitales europeas no tienen los infelices ciudadanos esta excelsa gloria nuestra de que al frente de los respectivos Concejos ó Comunes figure un hombre público de primera fila, y ya que nosotros disfrutemos tan inmerecida dicha, justo es que en compensación suframos la contingencia de no poder salir á la calle sin romcernos un brazo ó una pierna.

¡Perezcan nuestras extremidades y sálvense los grandes sacrificios en pro de la disciplina conservadora!

Se conoce que el Sr. Dato, al encargarse de la Alcaldía de Madrid, estaba preparado para todo menos para una nevada. Creía, sin duda, que el único copo era el suyo, y claro está, los servicios de policía urbana, con relación al pintoresco meteoro, dejaron bastante que desear.

En fin, no es cosa de corromperle las oraciones, suponiendo que las rece, al Sr. Dato por tan leve motivo. Otros asuntos de mayor importancia reclaman,

según parece, su atención, y si los soluciona favorablemente, daremos por bien rotas todas las piérrnas ajenas y todos los brazos de otros que se han quebrado los últimos días en Madrid.

¡Y sobre todo, que no hay quien nos quite la gloria de tenerle al frente del Municipio! Ahí es nada, el segundo después de Dios—que, según los hermanos Quintero, ya chochea—administrándonos los bienes del Común. ¡Ya puede caer toda la nieve del Polo de Orive, ya pueden los respetables é invisibles barrenderos hacer lo que gusten con las manos, ya podemos quedarnos cojos y mancos á gusto los dichosísimos habitantes de este cadavérico pueblo de Madrid!

Venga blanco sudario á todo pasto, y el que no lo quiera probar que no salga de casa. Así realizará una de las más bellas aspiraciones de la política conservadora, consistente en el puro goce de la vida familiar... á ser posible, en el domicilio de otro.

Nunca le agradeceremos bastante al Sr. Dato que haya tenido intransitable la villa por unos copos de más ó de menos. Más de la mitad de los madrileños, reclusos en sus cariñosos hogares, aparecieron al segundo día con arañazos; pero y la dulzura gozada en las peleas familiares ¿quién se la quita?

¡Ah, Sr. Dato, Sr. Dato! Madrid, bajo su paternal gobierno de usted, tal vez no llegue por deficiencias atávicas á ser un

LAS ULTIMAS NEVADAS



DATO CURIOSO

NUESTRO ALCALDE NO NOS SIRVIO PARA UN BARRIDO... ¡VEREMOS SI NOS SIRVE PARA UN FREGADO!



ESCULTURA FRAGIL

GEDEÓN.—¿VERDAD QUE ME HA SALIDO PARECIDO?

CALÍNEZ.—SÍ; PERO SE TE VA A DERRETIR. PONLE ENCIMA, POR LO MENOS, UN CHALECO.

pueblo modelo; pero una Cárcel Modelo no cabe duda ya de que lo es en cuanto caen cuatro copos y un cabo.

Esperemos que para otra nevada, nuestro ilustre alcalde tenga preparados por lo menos botiquines callejeros y guardias municipales con los últimos Sacramentos.



CUATRO TONTERIAS, Á PROPOSITO DEL CARNAVAL

¡Qué ironías tiene la vida...! Esta frase, que se nos acaba de ocurrir ahora mismo y que recordamos haber leído lo menos doscientas veces, está indicadísima en el actual momento histórico.

Sí. ¡Qué ironías tiene la vida...! Cuando proclamamos la necesidad de alegrarnos y de divertirnos para pasar esta existencia lo más agradablemente posible, nos enteramos también de que la alegría y la diversión tienen un límite circunscripto y honesto, vamos al decir.

Y nos enteramos también de que en algunas de esas diversiones, que nosotros creíamos inocentes, hay un peligro que conviene suprimir para evitar sus fatales consecuencias.

¡Tanto como nos divertíamos, por ejemplo, con el arrojé de las serpentinas! Las voladoras cintas de colores daban á los bailes y á las mascaradas un aspecto casi fantástico, muy del gusto de las imagi-

naciones soñadoras y de los espíritus inquietos... ¡Y ahora resulta que el tirar serpentinas es un juego peligrosísimo, que puede privar al recipiendario de un ojo, de la nariz ó de otra parte cualquiera de su cuerpo, no menos estimable y necesaria!

Y es que, indudablemente, hasta para cometer locuras es preciso cierta corrección. Bien que si desposeemos á las serpentinas del ímpetu natural para su vuelo, si se las quita el impulso que las da vida y movimiento, ¿qué queda de esas graciosas cintas que han producido á la industria pingües ganancias?

El Sr. Dato, alcalde á la moderna, usando de su autoridad, á la manera antigua, acaba de prohibir el uso de las serpentinas en los presentes Carnavales.

¡Menos mal que aún nos queda el *confetti*...! Pero ¡ay...! El *confetti* que tanto nos agrada y nos divierte, que cae como lluvia multicolor sobre las lindas cabecitas y sobre las toscas cabezotas, es también un peligro. Así acaba de declararlo, probándolo con documentos incontestables, un cronista francés, citado y comentado por nuestro amigo Cortón, cronista español.

Un puñado de *confetti* produjo á cierto señor una *conjuntivitis* que á poco le cuesta un ojo, de la cara, naturalmente; otro puñado de *confetti* ocasionó á una señora una infección en las amígdalas, de que salvó de milagro; otro puñado de *confetti* mató á un niño, de apendicitis;

etcétera etc. etc... Desgracias que se explican por los terribles gérmenes que recogen del polvo los papelitos, y por... y por... etc , etc...

No es aventurado suponer que dentro de poco, quizá el mismo Sr. Dato, ú otro alcalde convenientemente modernizado, suprimirá en los Carnavales el uso del *confetti*.

El agradable perfumador, cuyo empleo parecía broma culta y agradabilísima, también es un peligro, y, por lo tanto, está en camino de desaparecer. Porque manos sucias y criminales lo llenan de aguas mal olientes y demás porquerías, en vez de llenarlo de perfume, como parecería natural.

No lamentamos estas medidas, á que obliga la brutalidad y mala educación de nuestros semejantes; pero séanos lícito llorar un poco sobre estas limitaciones de la alegría y de la diversión, necesarias para pasar á gusto la existencia.

Por este camino de la higiene social, como si dijéramos, pronto llegaremos á suprimir todas las inocentes fiestas que el Carnaval ha instituído para distraernos un poco. Se demostrará que la careta contiene gérmenes nocivos y se prohibirá su uso. Se probará que el disfrazarse es perjudicial para la salud; que en las carrozas se respiran aires mefíticos; que en las estudiantinas y comparsas hay un microbio cualquiera; que en los bailes circulan millares de peligros de todo género... Y bailes, comparsas, estudiantinas, carrozas

y distraces quedarán prohibidos por una autoridad sabia, benéfica, prudente y paternal, encargada de distribuir la alegría con cuenta-gotas.

¡Qué ironías tiene la vida...! Al mismo tiempo que nos demuestran la necesidad de alegrarnos, nos van quitando todos los medios de combate contra la tristeza.

¡Así da gusto!



LA DISIDENCIA DE D. VALERIANO

La otra tarde, cuando la nevada era más copiosa, Gedeón fué á pasearse por el Retiro, para gozar del pintoresco espectáculo de la nieve, siempre nuevo é interesante.

Cuál no sería su sorpresa al ver, desafiando la inclemencia del tiempo, al catarroso canonista de Lourizán y al estadista D. Segis, muy afanosos modelando en la nieve un flamante partido liberal.

Naturalmente, como dos aficionados, por mucho empeño que ponían en la ejecución de la obra, maldito si tenía parecido, y aquello, más que una representación del partido liberal, parecía un fenómeno con dos cabezas.

Pero, sin embargo, los políticos escultores se mostraban muy satisfechos de la obra, que, esculpida en nieve, desaparecerá muy pronto, convirtiéndose en un charco de agua.

¡Cosas de chicos!

Al poco rato, la raquílica figura de D. Valeriano asomó por el solitario paseo.

Contempló la escultura de los ancianos y sonrió mefistofélicamente.

D. Valeriano, que está de un humor insoportable desde que no le dejaron nombrarse á sí mismo capitán general, cogió el monumento, en el que tanto se habían esmerado los dos artistas liberales, y lo arrojó despreciativamente contra el suelo.

Sí; D. Valeriano, que también tiene sus aficiones, quiere hacerse por su cuenta una estatuita. no sabemos si ecuestre ó pedestre.

Así se lo ha manifestado á sus amigos de Villatobas.

El general no acepta desde hoy más jefe ni director que su propio individuo.

D. Valeriano, justamente ofendido porque ninguno de los prohombres liberales le concede la menor importancia, está dispuesto á todo y quiere manumitirse de la esclavitud en que le han tenido hasta ahora.

D. Valeriano no engaña á nadie; enemigo de programas pomposos que ninguno cumple, no tiene más que una sola, única aspiración, la de que le nombren capitán general.

Que ese es el dote que lleva el Petronio de las guerreras á todo el partido que necesite de sus servicios.

De lo contrario, él, como Cachupín, se queda en casa esperando los acontecimientos.

Ya lo saben hasta en Belchite. D. Valeriano está á la disposición de las en-

nútil presentarse en su casa sin llevarle el tercer entorchado.

Unicamente, según nuestras noticias, aceptaría la jefatura de Gedeón, cosa que nos honra muchísimo.

¡Quién sabe! Tal se va poniendo la política, que nuestro ilustre amigo Gedeón, aun contra su voluntad, se va á ver precisado á formar Ministerio cualquier día.

Y en ese caso, la primera cartera sería para Weyler.



...y armas al hombro

Para demostrarnos lo indudable de la influencia maurista, el tiempo se sintió estos días con carácter, lo mismo que el jefe conservador.

Dijo «á nevar», y estuvo nevando con insistencia, con tesón, con energía, hasta que le dió gana de dejarlo.

¡Eso, eso es lo que necesitamos! Caracter.

Y véase prácticamente lo que conseguimos con esa virtud aquí tan escasa.

Ponernos perdidos.



Porque eso sí; las nevadas son beneficiosas para la salud, según dicen, y consoladoras para el espíritu, según cuentan; pero ¡caramba...! lo cierto es que cuando nieva, no puede uno dar un paso por las calles, callejuelas, plazas y plazuelas, y mucho menos por las afueras que tiene Madrid.

¡Cómo se pone siempre, en semejantes casos, la villa y corte!

Esta vez, como todas, la nieve tuvo que ejercer su autonomía deshaciéndose sola...

Las escobas municipales, ¡ay!, sufrieron su impotencia habitual.

¡Todos los barrenderos parecían de levita!

Dicho sea sin molestar á la levita ni á los barrenderos.



Sentimos mucho tener que censurar por ello á nuestro excelentísimo alcalde, á quien, como Dato, estimamos particularmente.

¡Pero no hay más remedio!

Ni los vecinos cumplieron las Ordenanzas municipales, ni él obligó á que se cumplieran, ni na, ni na...

Una sola justificación encontramos á esta postura de la simpática autoridad madrileña.

¡Ha obrado en perfecto conservador!

Conservó las tradiciones de nuestra policía urbana...

Y conservó la nieve.



Después de la nevada, otro importantísimo acontecimiento, no tan puro, pero sí tan fresco, ocupó la atención de las gentes.

¿Quién puede ignorar el suceso?

Nos referimos á la nueva transformación, al resurgimiento y desperezo del llamado partido liberal...

A casi todo el mundo le ha parecido el caso un nuevo golpe inútil para reanimar una cosa que no podrá vivir tal como era cuando murió...

Pocos son los que se atreven á intentar el ensayo de una modesta aproximación á un himno de triunfo...

Nosotros creemos que se trata solamente de levantar un muerto...



Graciosa es, en efecto, la combinación! D. Segis, al cabo de sus años, y en vista de que por los caminos naturales no alcanzaba la jefatura del partido liberal, se va por un senderito y cree que la atrapa...

¡Ilusiones engañosas, livianas, etcétera etc...! que dijo el otro.

No hay partido liberal.

Ni bandera.

Ni programa.

Ni jefe.

¡Ni al!

D. Segis viene á ser en este caso una especie de Robinsón político en su islita correspondiente...

El mismo tendrá que gritar: «¡Viva el jefe!»

Contestándose él también con diversas voces:

«¡Vivaaa...! ¡Vivaaa...! ¡Vivaaa...!»



El acto, mejor dicho, el entremés de la proclamación de jefatura fué verdaderamente conmovedor...

D. Segis y Montero lucharon, en competencia noble y desinteresada, por soltar esa carga honorífica y honorable.

—¡Usted será el jefe!—dijo Moret á Montero.

—¡De ninguna manera!—contestó el vetusto canonista.—¡El jefe es usted!

Y después de mutuas explicaciones, abrazos, apretones de manos y otras pruebas de entusiasmo, quedó nombrado don Segis jefe absoluto é indiscutible...

¡Claro!

¿Quién le va á discutir, si no hay nadie que le discuta?



Pero se dice que Maura reconoce la beligerancia del nuevo jefe y del nuevo partido, en vista de lo cual D. Segis se da cierto tono de conquistador...

Si esto es verdad, como ya estamos en el secreto, podremos asegurar que la futura minoría liberal parlamentaria será una especie de extensión maurista...

Algo así como un espantapájaros que no sirviese para nada, puesto que los pájaros le conocen...

Y en tanto ¡oh alegría! pagaremos las nuevas cédulas dobles, como si no existiera el impuesto de Consumos cuya desaparición fué la base de aquel recargo.

Pero el impuesto sigue... y el recargo también, sin que podamos librarnos de ninguno de los dos males.

El autor de la gracia, Navarro Reverter, propone un medio gedeónico para aliviarnos.

¡Partir en dos el pago de la cédula!

¡Claro! ¡Como él nos ha partido, cree que todo se arregla de la misma manera...!

¡Este procedimiento seguiríamos nosotros con ciertos arbitristas desaprensivos, si la patria diese un premio á quien extirpara las principales causas de sus desgracias!



EN EL BAILE

GEDEÓN.—¿PERO NO SUELTA USTED NINGUNA?

MAURA.—¿NO SABE USTED QUE ESTAN PROHIBIDAS LAS SERPENTINAS?